

## Accésit

**Elvira Lombardía Riera**

### *Vindoria*



La noche en la que aquellos hombres irrumpieron en nuestra casa para llevarnos con ellos a mamá y a mí, padre se volvió loco de desesperación. No entendía el motivo por el que detenían a un ama de casa, madre de familia numerosa, bajo la acusación de no ponerse al lado de los sublevados que terminaron por ganar la guerra. Padre removi6 cielo y tierra para intentar sacarnos del espantoso sitio en el

que nos habían retenido.  venía a visitarnos con frecuencia:

—Ram6n, cudate que tienes mala cara —le decía mamá— y esas enormes ojeras moradas me dicen que no duermes.

Lo que no le contaba era que ella estaba mucho peor que él. Nada más entrar en aquella prisi6n recibí los golpes y humillaciones de sus captores. La torturaron y, cuando terminaron con ella, mamá tenía deseos de morirse del daño que le habían hecho, pero decidi6 seguir viviendo por mí. Yo la anclaba a la vida. Ella fue muy valiente y jamás llor6 en presencia de aquellos hombres, no quería darles el gusto de verla destrozada.

Lo sufro con mamá y echo mucho de menos a padre y a mis seis hermanos que se quedaron en casa junto a él. Necesito salir de este sitio que huele mal y donde, con demasiada frecuencia, el silencio se rompe con gritos espeluznantes, súplicas y llantos. Quiero irme de aquí. Mamá me nota inquieta:

—No te preocupes, mi vida —susurra—, papá ha pagado una gran cantidad de dinero para que nos dejen libres. No hemos hecho nada, así que pronto estaremos en nuestra casa, lejos de esta prisi6n.

Comienza a cantar entre dientes una nana. Yo me acurruco y quedo dormida. Lo que nosotras nunca llegaríamos a saber es que los desalmados carceleros que nos mantenían encerradas habían engañado a padre, dándole falsas esperanzas para quedarse con su dinero ya que ellos ni podían ni querían dejarnos libres, por lo que todos sus esfuerzos por liberarnos habían resultado inútiles.

Los días transcurren lentamente. Compartimos la celda con otras cuatro mujeres con las que terminamos intimando porque en este infierno, aparte de hablar en voz baja para que nuestras conversaciones no sean interrumpidas por los carceleros que nos quieren calladas, poco más se puede hacer para pasar el tiempo y evadirnos del horror de lo que nos rodea. La compañera más joven es Luisa. Es conocida por ese nombre, pero en realidad se llama María de los Ángeles. Tiene diecinueve años y trabajaba en el hospital de sangre, organizando colectas para recaudar fondos para los soldados republicanos heridos. Luego está Chucha, Jesusa, de veinte años que fue detenida por estar afiliada a un partido político. La que llaman Paca, Joaquina, tiene treinta y tres años. Su único delito fue coser uniformes para milicianos y, por último, está Julia, la mayor de todas nosotras, de cuarenta y tres años. Está aquí por ser militante de un partido que había sido ilegalizado por los que ganaron la guerra. Juntas lloran cuando relatan las humillaciones que han sufrido y se ríen al contar anécdotas de su vida anterior, lejos de aquellos muros. Al escuchar el sonido metálico de los cerrojos de la puerta, todas callan y se ponen en alerta porque saben que se avecinan problemas. De cuando en cuando, sacan a alguna de nosotras de la celda y cuando la traen de vuelta, la desafortunada se acurruca en una esquina y llora. Todas las demás se acercan a ella para limpiar heridas y dar consuelo.

No sé el tiempo que llevamos aquí. Hoy hace frío y ha nevado. Nuestros carceleros llevan bebiendo todo el día, lo sabemos porque sus voces y risas van subiendo de volumen a medida que pasan las horas. Al anochecer, se oye el ruido de la puerta de la celda al abrirse. Entran tres hombres que nos atan las manos con unas gruesas cuerdas.

—¿A dónde nos lleváis? —preguntó Chucha—.

—Vamos a sacar la basura de aquí —contestó uno de ellos y la respuesta fue seguida de las carcajadas pastosas del resto.

Se van sin decir más y nosotras esperamos en silencio lo que nos parece una eternidad. Cuando ya es de noche cerrada, aquellos hombres vuelven y nos hacen salir de la celda. En el exterior ha dejado de nevar.

—¡Qué bonita la nieve que parece plata a la luz de la luna! —exclama Paca.

Nos suben a una camioneta en el que ya están esperando cuatro detenidos en pie, ya que en la parte trasera del vehículo no hay asientos.

—Nos han dicho que nos llevan a la cárcel de Oviedo —nos dice uno de ellos.

Cuando arranca el motor de la furgoneta, antes de que eche a andar, uno de los hombres salta del vehículo y comienza a correr, en un desesperado intento por conseguir la libertad. Dos de nuestros captos salen tras él. Enseguida oímos los golpes y los gritos. Sabemos que le han matado cuando los dos perseguidores vuelven para incorporarse a nuestra comitiva sin traer al reo con ellos. Suben al coche que nos acompaña y arrancamos de nuevo. Nos sentamos en el frío suelo porque el traqueteo de la carretera hace imposible viajar de pie en esas condiciones. Mamá no se encuentra muy bien. Tiene dolores.

—Tranquila —le dice Julia, pasándole un pañuelo por la frente para intentar aliviarla—, cuando llegemos a Oviedo te atenderán en la enfermería de la cárcel.

Tras recorrer unos kilómetros, la camioneta y el coche que la escolta se detienen cerca de una escombrera de carbón en una cuesta que es paso obligado para los mineros que van al pozo a trabajar.

—¿Por qué paramos aquí? —pregunta Luisa, obteniendo por única respuesta una bofetada de uno de los guardias.

A empujones y culatazos nos sacan a todos del vehículo y, sin mediar palabra alguna comienzan a disparar los fusiles. Cuando termina el estruendo el aire huele a pólvora. Aquellos hombres se suben a los vehículos y se van, dejándonos tirados en las posiciones en las que nos hemos desplomado. La sangre que sale de los cuerpos acribillados va tiñendo de rojo el negro del carbón.

Comienzan a caer gruesos copos de nieve sobre nosotros y yo empiezo a tener frío. Pero no tengo miedo porque mamá está a mi lado. Ella parece dormida. Tiene la nariz pequeña y el pelo oscuro. Lo sé porque ahora puedo verle la cara. Mi nacimiento estaba previsto para el día de Navidad y me iba a llamar Rosario, como mamá, pero he nacido sobre el carbón y la nieve, sin nadie que me arroje con una manta o que celebre la alegría que supone la llegada de una niña al mundo. Mi vida se apagará en un instante. Ya nadie podrá separarme jamás de mamá.

Nuestros cuerpos, junto con las siete personas que nos acompañaron en esa fría madrugada de noviembre, permanecerán tirados delante de la escombrera dos días. Innumerables transeúntes pasarán por la zona camino del trabajo o del mercado. Algunos de ellos mirarán de reojo nuestros cadáveres, aliviados por no ser ellos quienes están a la intemperie muertos a balazos. Otros apretarán los puños con rabia por la injusticia cometida y la absurda pérdida de vidas. Pero todos quedarán horrorizados

al ver que mi diminuto cuerpo sigue unido al de mamá por el cordón umbilical.

**Neftalí García**

